

Agresividad y violencia: Introducción a sus dilemas*

FERNANDO LOLAS**

La violencia parece ser consustancial a la naturaleza humana. Toda la naturaleza es violenta. Las relaciones humanas tienen también una innegable dosis de violencia. No existen, tal vez, grupos humanos en los cuales no se hayan dado manifestaciones de violencia. En ninguna región del mundo o de la naturaleza existe algo sin violencia.

El primer punto que yo quisiera sugerir es que la conflictualidad, la presencia del conflicto, es una especie de dimensión básica de las relaciones humanas y también de la forma en que los individuos y las comunidades se relacionan con sus entornos, sean éstos humanos o no humanos.

Esta exposición se concentrará en tres puntos. En el primero de ellos quisiera proponerles algunas delimitaciones que juzgo relevantes al momento de precisar conceptualmente qué es la agresividad, qué la violencia y qué la agresión, porque me parece que gran parte del debate contemporáneo, especialmente en nuestro país, se ha centrado en una inadecuada utilización de los términos y si a algo contribuyó nuestro trabajo fue al propósito de diseñar procedimientos adecuados no sólo para estimar la violencia y la agresividad, sino también para hacerla cuantificable, esto es, perceptible por observadores distintos de nosotros mismos.

*Conferencia dictada en el marco de la Escuela de Verano de la Universidad de Concepción, entre el 5 y el 16 de enero de 1999, con el tema general: "Formas y figuraciones de la violencia en el siglo XX".

**FERNANDO LOLAS: Profesor Titular de la Universidad de Chile, Facultad de Medicina y Ciencias Sociales, Miembro Académico de Número Academia Chilena de la Lengua y Académico Correspondiente de la Real Academia Española, actualmente Director del Programa Regional de Bioética de la Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional de la Organización Mundial de la Salud.

En el segundo punto quiero referirme a lo que he llamado las *justificaciones* de la violencia. Ninguna institución y ninguna persona que use la violencia deja de darle alguna justificación y voy a proponerles, como un adelanto, que las justificaciones que conozco son tres: el *orden*, la *justicia* y el *miedo*, y voy a explicar qué quiero decir con cada una de estas palabras y por qué las empleo en este contexto.

En la última parte de mi exposición quisiera sugerirles que la violencia no es sólo un tema sentimental que nos compete a todos debido a la convivencia. Es también un *problema de salud pública* y, cuando digo salud pública, quiero decir la salud de las personas conseguida con medios que cohesionan a las comunidades.

En primer lugar, quisiera proponerles la siguiente distinción terminológica. Quisiera que compartieran conmigo la idea de que la agresividad es un *constructo*, una construcción científica que han usado los científicos del comportamiento desde hace tiempo para aludir a tres tipos de variables o tipos de observables: la *conducta manifiesta* de las personas, las *vivencias* y *pensamientos* que tienen y los *procesos bioquímicos y fisiológicos* que ocurren en sus cuerpos. Conducta, fisiología, vivencia; he ahí los tres ámbitos en los cuales uno define cualquier constructo científico en el área de las ciencias del comportamiento.

¿Qué es la rabia? La rabia es una conducta observable, una manifestación fisiológica en algunas regiones del cuerpo y también un conjunto de ideaciones, ideas o vivencias. Pero ¿es la rabia *solamente* una manifestación corporal?, ¿es la rabia *solamente* una forma de vivencia o sentimiento?, ¿es la rabia *solamente* una conducta? Ciertamente que no. Ustedes podrán observar personas que se comportan rabiosamente pero que no tienen pensamientos hostiles, o hay otras que están pensando muy mal de cada uno de ustedes y, sin embargo, por fuera son completamente amistosos y saludables. Por lo tanto, estos tres ámbitos de la observación se pueden disociar y lo que llamamos una emoción, efectivamente, reside en la *complementariedad* de estos tres ámbitos de observación.

Cuando yo digo que existe una connotación fisiológica de la rabia o de la agresión, quiero decir que si yo pudiera medir en ese momento lo que está ocurriendo en la bioquímica del cuerpo de esa persona, tendría un conjunto de datos, pero que esos datos no tendrían ningún valor para mí si yo en ese momento no soy capaz de observar un comportamiento coherente con esas

observaciones. Por lo tanto, lo que nosotros llamábamos *sicofisiología* como disciplina científica era un intento por integrar, complementaria y armónicamente, estos distintos ámbitos de observación; porque, ya lo sabemos, nadie podría decir que alguien está enojado si solamente lo ve enojado, uno tendría que, en ese mismo instante, saber qué está pensando esa persona y también saber si hay un correlato o alguna manifestación biológica o fisiológica concomitante.

Por lo tanto, cuando yo digo agresividad quiero decir consideración conjunta y complementaria. Complementaria en el sentido de contexto: cada uno de estos *textos*, el fisiológico, el conductual y el vivencial, tiene sentido sólo en el *contexto* que le dan los otros. Cuando digo voy a medir la agresividad tengo que pensar en medir la fisiología, la vivencia y la conducta manifiesta, y por eso es que yo quisiera proponerles como primera idea que agresividad es un constructo, una construcción científica, por la cual nosotros creamos un cierto ámbito de observación y que no existe como tal en la naturaleza. La agresividad es una construcción que le permite a uno dar orden a ciertas observaciones.

¿Cuáles son los componentes de la agresividad? En primer lugar, una *conducta* que llamamos agresión. Llamamos agresión a la conducta agonista que tiene por finalidad dañar o matar a un receptor de esa conducta que está motivado para evitarla. Observen esta segunda parte de la definición: “motivado para evitar” eso que le va a pasar, de otra manera uno no podría decir que aun las cosas más atroces que yo observo a una persona haciéndole a otras son intentos de dañar. Por lo tanto, la agresión es la parte del comportamiento manifiesto del constructo científico “agresividad”. Yo digo hay agresión cuando observo que una persona o un animal tiene intención de dañar a otro con su comportamiento y ese otro, sea cosa, persona u objeto, está con la motivación para evitarlo.

La agresión, por lo tanto, es un comportamiento manifiesto, algo que yo puedo medir, puedo cuantificar, puedo ver, por ejemplo, cuantas veces picotea el águila en una piedra, puedo ver cuantas veces las personas agitan sus brazos y puedo decir: “He aquí un comportamiento”. Pero ¿cómo sé yo que esos comportamientos son agresiones realmente?, porque tienen la intención de dañar y ahí viene la segunda parte que es la parte vivencial. Tiene que haber un correlato experiencial a ese comportamiento para que yo pueda decir “esto que estamos viendo es una instancia de agresión” y ese correlato de disciplina

que es la sicometría, por lo cual, lo que uno hace, realmente lo que uno hace es convertir una vivencia, tal vez difusa, en algo que se puede tocar, poner fuera, ya sea en un texto, en una escala, en alguna cosa que se puede percibir.

Durante muchos años, yo diría más de veinte, nos dedicamos precisamente a esto, a tratar de medir o cuantificar la hostilidad expresada por las personas en el lenguaje. Una tarea que tiene bastantes implicaciones prácticas porque ustedes podrían, por ejemplo, estudiar las notas que dejan las personas que van a cometer suicidio y saber cuánta hostilidad estaba contenida en una nota que dejó una persona exitosa versus otra que fue exitosa en su suicidio; o como hicimos con una estudiante de periodismo, medir la hostilidad de los editoriales que tenían los diarios bolivianos cuando se cumplían cien años de la Guerra del Pacífico. Una impalpable sensación de que había algo hostil tenía que reducirse a algún observable de tal manera que pudiera replicarse; o durante las sesiones de sicoterapia que las personas expresan muchos sentimientos, poder cuantificar qué pasa cuando alguien abre la sesión siendo hostil, qué hace quien escucha. Es como jugar al ajedrez, hay ciertas formas de partidas en las reuniones humanas que se caracterizan por ciertas movidas en el trato social y así como se responde con “defensa india” en el ajedrez ante determinada jugada, también las transacciones entre personas están sometidas a notables regularidades desde el punto de vista de la comunicación afectiva.

Nos dedicamos a grabar en video numerosas sesiones de sicoterapia y a estudiar qué pasaba efectivamente cuando los terapeutas estaban bien entrenados para controlarse ellos mismos. Ustedes saben que por años la idea central y capital de la sicoterapia es que lo que uno hace con los conflictos que las personas traen de fuera es reproducirlos en el ambiente contenido y protegido de la sesión, de tal manera que todo el mundo se convierte en una representación en pequeño, en el acuario del consultorio del sicoterapeuta, y ahí se produce lo que Sigmund Freud llamaba la neurosis de transferencia, que era la conflictualidad presente en las relaciones en general reducida a una relación intensa bipersonal con una persona neutral y campo de proyección de sentimientos hostiles, amistosos y afectuosos. Grabamos decenas de horas de sicoterapia para ver cómo podíamos llegar a alguna tipificación de cuando una persona efectivamente está siendo hostil, porque observen ustedes, una de las propiedades del lenguaje como sistema de comunicación es que puede engañar y ustedes pueden decir: “te quiero mucho” y en realidad estar pensando “ojalá te parta

un rayo”, o pueden estar diciendo “te odio” y en realidad no sentir nada al respecto. Por eso digo que la intención de dañar que acompaña a la conducta que llamamos agresión es una dimensión que puede dissociarse y en esa disociación radica gran parte de nuestros malentendidos sociales.

Durante mucho tiempo fue popular en la psiquiatría una teoría que pretendía explicar el origen de la esquizofrenia y se llamaba del “doble vínculo”. Se suponía que mensajes que mandan personas muy próximas a uno son contradichos por el gesto o el ademán con que se envían. Uno podía decir “te quiero” y al mismo tiempo hacer un ademán no verbal que negara o aun contradijera lo afirmado por el canal verbal.

Anclar esta idea de la hostilidad en algún canal de mediciones parecía a muchos una especie de atrocidad: “cómo va usted a ponerle número a los sentimientos”, “cómo van a sacar del lenguaje...”. El método que desarrollamos y usamos durante mucho tiempo y que todavía usamos es una forma especial de una técnica muy conocida en el campo de la comunicación, donde nació, que se llama *análisis de contenido*. El análisis de contenido lo que busca no es “abrir” el contenido de un texto, porque los textos tienen miles de lecturas posibles y realmente la lectura final la da el receptor, sino “reconstruir” el estado psicológico que dio lugar a ese texto. Una persona puede expresar un texto muy triste. Intuitivamente siento que es muy triste, la primera pregunta es ¿cuán triste? en un sentido cuantitativo; y la segunda pregunta es ¿puedo hacer yo esto replicable, podrá el lector uno, dos, tres y cuatro llegar a las mismas conclusiones? La replicabilidad es la base del procedimiento científico y objetivar los sentimientos, en este caso la hostilidad, es una tarea que permite cierta replicabilidad en nuestras afirmaciones y si bien no vamos a descubrir verdades, sí vamos a tener certidumbres que son, por así decirlo, las certidumbres metódicas, las que constituyen verdaderamente el discurso científico.

Mediante un procedimiento que se conoce como validación, hostilidad, el sentimiento hostil que puede acompañar a la conducta agresiva, se podía dividir fácilmente entre una hostilidad dirigida a otros, una hostilidad dirigida hacia uno mismo y una hostilidad ambivalente, cuando uno está hablando y diciendo “mire, el gato le pegó al perro” o “el perro le pegó al gato”. No soy yo, ni son otros, sino que son otros en relación con él. Teníamos entonces tres tipos de hostilidad que para cualquier teorización son útiles: la hostilidad del yo dirigida hacia otros, la hostilidad de otros dirigida hacia mí y la hostilidad de otros dirigida hacia otros. Y eso nos dio

la posibilidad de estudiar, por ejemplo, aquella famosa tesis sicoanalítica, que dice que la depresión no es más que una hostilidad que yo quisiera dirigir a otro, pero que como un “boomerang” se vuelve contra mí.

También puede explorarse cómo se desarrolla la expresión de la hostilidad en los niños, si uno piensa cómo es la ontogenia del desarrollo del afecto en el lenguaje, qué aparecerá primero. Observamos que lo primero que aparece como expresión afectiva en el lenguaje de los niños es la angustia y la primera angustia es la angustia de la separación. Probablemente ustedes podrán decir, no es ninguna novedad, lo saben hasta los siberianos sin haberlo estudiado nunca, pero lo que uno quiere no es saberlo sino confirmarlo y poderlo reproducir. Las formas de hostilidad tenían una relación muy especificable con lo que a las personas les pasa y así podíamos establecer, por ejemplo, que cuando una persona realmente está desarrollando un discurso hostil, un discurso que trata de agredir a otra persona, muchas veces lo hace vicariamente, porque no puede agredir en realidad, y otras veces lo hace simplemente por acompañar o reforzar un acto de agresión.

Como ustedes saben, las justificaciones que uno tiene proceden de una especie de retroalimentación entre el comportamiento y lo que uno piensa. Si ustedes quieren sentirse enojados lo mejor que pueden hacer es hacer actos enojantes, y ahí se produce esa retroalimentación tan típica. El cuerpo, por así decir, se pone a tono con los sentimientos y uno evita la disociación.

El profesor Buytendijk decía que el cansancio que se produce en los museos —y ustedes todos lo han experimentado porque uno se convierte en trotamuseos en algunas ciudades del mundo— es mortal, es un cansancio de una calidad increíble que no se compara ni con haber ascendido cuatro o cinco veces el Aconcagua. Yo me preguntaba por qué es esto, por qué se cansa uno cuando aparentemente está haciendo algo que parece no tener tanta demanda física. La respuesta: “es por la postura”, ¿se han fijado ustedes cómo pasa la gente por los museos? Es una forma más bien laxa, un poco decaída. Eso genera cansancio intenso. Habría que visitar museos en postura militar para así no cansarse, uno se generaría una especie de retroalimentación afectiva.

Con la hostilidad pasa lo mismo, la hostilidad alimenta el comportamiento y el comportamiento, alimenta la agresión, la hostilidad, y cuando tratamos de medir estas distintas formas de hostilidad desarrollamos un procedimiento. No me parece éste el contexto adecuado para decírselos porque es tema eminentemente técnico y probablemente aburrido para los que no comparten el entusiasmo por cuantificar los efectos en el lenguaje.

Pero pudimos averiguar muchas cosas. Por ejemplo, cómo las personas cuando están negando que son hostiles están siendo más hostiles que nunca. Cuando dicen: “¡yo no estoy enojado!”, eso en nuestro método, con la experiencia se cuenta como manifestación de hostilidad. Ya saben: la hostilidad es el aspecto vivencial de la agresividad. La agresividad es el gran concepto, la agresión es la conducta, la hostilidad es la parte vivencial.

Y qué decir de la parte fisiológica. Si uno puede medir ciertos neurotransmisores en el cerebro, o puede medir cierta actividad eléctrica de ciertas regiones del sistema nervioso puede tal vez llegar a alguna conclusión respecto de lo que está pasando dentro de las personas mientras se comportan agresivamente o mientras expresan sensaciones o pensamientos hostiles.

Una gran pregunta, una pregunta clásica de la época originaria de la sicosomática fue: ¿Existirá tal vez una constelación de manifestaciones fisiológicas específica para un afecto? Sin yo preguntar nada a las personas, ni siquiera observarlas, simplemente registrándoles la frecuencia cardíaca, la velocidad con que respiran, la resistencia eléctrica de la piel, la contracción de su estómago, ¿podré saber por la arquitectura que tienen estas señales si esa persona está feliz, enojada o triste? Aunque ustedes no lo crean fue una pregunta clásica, con eso se fundó la sicosomática que es la teoría de cómo las emociones se manifiestan en el cuerpo y durante mucho tiempo predominó la sensación de que efectivamente sí era posible, de que cada afecto de los que nosotros podemos describir en el lenguaje tiene un síndrome, un conjunto de signos identificables en el cuerpo. Esa tesis no es necesariamente correcta, no existe realmente la posibilidad de que sólo observando las señales fisiológicas de una persona sepamos si está triste o alegre o rabiosa. Si ustedes observan el lenguaje cotidiano, ¿cuántas palabras reconocen para describir afectos? Centenares. Si ven sus equipos para registrar neurotransmisores cerebrales o señales eléctricas, el alfabeto en que esas señales se expresan es mucho más reducido. Por lo tanto, ya era una quimera pensar que había una correlación entre lo que la gente está sintiendo o pensando y lo que pasa en sus cuerpos o en el sistema nervioso. Por lo tanto hoy en día no pensamos que una cosa sea reflejo de la otra, ni siquiera que el cerebro cause necesariamente lo que llamamos comportamiento, sino que el ámbito del estudio del cerebro y del sistema nervioso o del cuerpo es *complementario* de lo que se está manifestando en la vivencia, el sentimiento o la conducta. Esta complementariedad no nos permite decir ni que el sistema nervioso causa el afecto, ni que los afectos son necesaria-

mente causa de determinadas enfermedades, como fue también dicho en alguna época por la teoría popular del estrés.

En resumen, la agresividad como constructo científico tiene tres indicadores: la agresión que es el comportamiento, la hostilidad que es la ideación o vivencia expresada a través del lenguaje y la fisiología en la cual se han podido identificar determinadas regiones del sistema nervioso, cruciales para la manifestación de la hostilidad, la rabia y la agresión.

La estimulación eléctrica de ciertas regiones del sistema nervioso o la destrucción quirúrgica de otras producen manifestaciones de extrema mansedumbre o de gran agresividad y los fisiólogos americanos de la época del cuarenta llamaban a una forma de rabia que se produce en los animales cuando se les saca completamente la corteza cerebral "sham rage" (rabia falsa), para indicar que no era la rabia tal como uno la conoce en el gatito de la casa atacando con cierta direccionalidad, sino que cuando ustedes remueven la corteza cerebral de una persona o de un animal, el estado de rabia que se produce es una especie de "rabia falsa", esto parece no tener sentido.

¿Qué es, observada desde este punto de vista, la violencia? La violencia es el uso o la manifestación extemporánea, desmesurada o inadecuada de la fuerza o del poder. Por eso es que hay violencia no humana, uno dice el huracán "Mitch" fue una manifestación natural muy violenta. No era humana. Pero también existen violencias no agresivas, existe por ejemplo la del deporte que es una violencia no agresiva porque no tiene la finalidad, la intención de dañar. Existen también agresiones no violentas, puedo yo querer dañar a alguien no siendo altruista, por ejemplo, dejando abandonada a una persona a que se muera y en ese caso no estoy siendo violento, pero sí estoy siendo muy agresivo porque mi comportamiento está teniendo la finalidad de dañar por omisión. La falta de altruismo es una conducta muy agresiva pero no es violenta.

Si ustedes concuerdan con esto podrán distinguir violencias agresivas y violencias no agresivas. Personas encargadas de la resolución de conflictos hacían una afirmación que parece al principio paradójica: "el terrorismo es una violencia no agresiva". El acto terrorista en numerosas ocasiones no persigue dañar, sino amedrentar o hacer que las personas registren una impotencia inmensa. Paradójicamente, por lo tanto, muchos actos terroristas lo que persiguen no es dañar, no es el daño por sí mismo. Los que destruyeron la estación de Bolonia, en Italia, hace muchos años, en realidad

no querían dañar a la gente, querían tener prensa sobre la potencia que su organización era capaz de poner. La violencia terrorista, desde este punto de vista, requiere más lecturas y más interpretaciones que simplemente “acto delincuencia”, que simplemente “deseo de dañar”, porque tiene otras motivaciones además de éstas y el acto terrorista tiene una potencia comunicativa que sirve de ejemplarizadora manifestación para otras personas.

Por lo tanto, si ustedes concuerdan con esta distinción entre agresividad y violencia concordarán también en que se disocian y que la violencia es en realidad inevitable porque siempre habrá una desmesura en el trato. Si yo aprieto a alguien la mano de más, aunque lo esté saludando, soy violento. Si dejo de hacer algo que la gente espera de mí en un momento determinado, uso la fuerza de mi voluntad para sustraerme a alguna obligación social y estoy siendo violento.

El uso desmesurado, extemporáneo o inadecuado de la fuerza o el poder es violencia. Algunas violencias son agresivas porque persiguen dañar, pero no todas las violencias son agresivas, ni todas las agresiones son violentas. Vuelvo a repetir el caso de la persona que agrede por omisión. De hecho, dentro de las patologías de la vida social, las agresiones por omisión son tanto o más peligrosas que las agresiones por comisión, porque uno no las ve, observa personas que agreden a otras simplemente cerrándoles el vidrio, como dicen, en el auto y esas distinciones son importantes.

Pero, sin duda, lo que nos preocupa a todos son las violencias agresivas y desde ese punto de vista quisiera, en el segundo punto de mi exposición, comentarles brevemente lo que nos pareció en un tiempo, y de eso hicimos alguna suerte de conversaciones: las justificaciones de la violencia.

Todos somos, hemos sido o vamos a ser violentos en alguna parte de nuestra vida y en algún estado de nuestra relación social, por lo tanto conviene que examinemos cuáles son las justificaciones que damos para la violencia porque siempre la hay.

Antiguamente hablaban del *Bellum Deo auctore*, “la guerra en el nombre de Dios”, “la guerra de Dios” o los musulmanes hablaban de la Djihad, “la guerra santa”. Siempre ha habido una justificación y nosotros pensamos, tal vez a ustedes se les ocurran más, que las justificaciones centrales son tres: el orden, la justicia y el miedo.

El orden es la justificación típica de los que dominan. Dice “vamos a ser violentos –y esa es la violencia del Estado– para controlar a los subversivos”

y está justificado porque entonces es el Estado, como persona que agrupa a toda la comunidad, que da coherencia a la sociedad, la que aplica la violencia justificadamente contra otras personas que no se avienen al orden social. La idea del orden universal es, como ustedes saben, una idea central en la cultura europea, la misma idea de imperio era una idea de orden, de orden de las comunidades dispares en torno a la ley o a la norma o a la costumbre.

Los que utilizan el orden como principio justificativo de la violencia están en el poder, son los que quieren mantener el “status quo”, como son las cosas hoy día. Utilizan la violencia para preservar sus prerrogativas y la utilizan justificándola de esa manera.

Ustedes habrán escuchado que quienes para algunos son héroes para otros son delincuentes. Por lo tanto, la segunda forma de justificación de la violencia es la justicia. Los que están oprimidos, los que se sienten de alguna manera en menoscabo fundan un movimiento. La palabra movimiento ya es significativa de una acción; “e movere”, “salir hacia fuera”, emoción viene de ahí también, moverse. Primero es un movimiento y después se organiza y dice: “vamos a conquistar el poder para ser justos”, entonces, la violencia justificada en nombre de la justicia, entonces cuando se justifica de esa manera, entonces, vale la pena destruir a los que están en el poder. La justicia es el segundo principio justificativo de la violencia.

El tercero es el miedo. Ustedes recuerdan los experimentos clásicos, tan clásicos que ya casi no se citan, del famoso sicólogo social Stanley Milgram, que demostró que personas comunes y corrientes, como cualquiera de nosotros, podían ser tremendamente violentas con sus congéneres bastando solamente la instrucción de la autoridad. El diseño experimental que usó se basó en el engaño y muchos diseños en las ciencias sociales para ser bien experimentales tienen que basarse en el engaño.

Milgram tomó personas que eran, como dicen en inglés, sus “confederates”, estaban de acuerdo con él y se ponían a un lado de la mesa. Se les ponía electrodos de tal manera que una persona ingenua, cualquiera de ustedes, podía venir y se le decía: “Mire, usted le va a dar unos choques eléctricos a esta persona, y usted no se preocupe, aquí hay un indicador que dice la intensidad del shock eléctrico y empieza a shockearlo y yo le voy a advertir a usted cuando ya sea suficiente, pues le va a quemar la mano o le va a hacer alguna cosa”. Milgram observó algo impactante; si la instrucción la daba un estudiante, las personas dudaban mucho en hacerlo, pero si la instrucción la daba un profesor ojalá vestido de blanco o con cierta

autoridad, “no –le decía–, tranquilo está dándole quinientos volts, pero siga, siga a dos mil, a tres mil, yo le aseguro que no le está pasando nada”. Naturalmente que el confederado, esta persona que estaba de acuerdo con el experimentador, hacía todos los gestos propios como si efectivamente estuviera recibiendo shocks, hacía manifestaciones de dolor y se quejaba mucho. Y curiosamente, las personas, cuando recibían estas instrucciones de parte autoritaria eran inmunes a esas manifestaciones de dolor de sus congéneres y personas amigas, decían: “no, si me lo dice el señor, no tiene que doler, mira que eres exagerado”.

Estos experimentos demostraron una verdad irrefutable. Desde la época del “Reich” se sabe que las personas comunes y corrientes pueden ser muy malas cuando son neutrales y de hecho todo el problema ético de la medicina del Tercer Reich no fue porque los médicos de la Alemania Nacional Socialista fueran personas perversas y malvadas, sino porque eran tan neutrales que se consideraban haciendo ciencia pura, de tal manera que podían ponerse a disposición de cualquier ideología. Eso fue lo que demostró el famoso juicio Nuremberg (1947), que se hizo a los médicos de la Alemania Nacional Socialista que se creían a sí mismos científicos neutrales, y que por lo tanto trabajaban en pro de la ciencia y de una abstracción que es el bien de la humanidad, podían hacer todos los experimentos posibles porque estaban enriqueciendo el acervo de conocimientos médicos del futuro. Así, por ejemplo, los famosos experimentos de hipotermia que se hicieron en el campo de concentración de Dachau eran muy importantes. Los pilotos alemanes que caían en el Báltico, después de unos minutos de estar en el agua helada ya no vale la pena intentar recuperar los tejidos de las extremidades porque se han congelado más allá de un punto que hace posible la recuperación. Si uno hace experimentos con personas que tiene a mano puede construir una curva de tiempo versus deterioro del tejido y eso es lo que hicieron en Dachau. Tomaron prisioneros y los pusieron cinco minutos en agua muy helada, diez minutos, quince minutos, un estudio verdaderamente paramétrico y, bueno, las personas aportaron esos datos sin ser consultadas naturalmente, porque nadie quiere que le destruyan sus órganos vitales.

Esos médicos estaban, pensaban, y eso salió en el juicio, estar reuniendo datos científicos que iban a salvar muchas vidas en el futuro y, a lo mejor, era cierto; a lo mejor esos datos podían servir para salvar personas. Pero ¿qué pasó? Alguien citó esa información en el *New England Journal of Medicine*

hace unos años e inmediatamente se produjo un clamor general diciendo: "mire, cómo puede usted citar una información que fue recogida en esta forma y con esta finalidad". ¿Cuál es el punto?, el punto es que la neutralidad, el miedo a intervenir, es una de las justificaciones implícitas de la violencia. Nosotros vemos violencia todos los días, en todas partes y nos quedamos callados, en eso somos cómplices de los que sí saben por qué lo están haciendo.

Hay un libro clásico, maravillosamente bien escrito, de un antropólogo francés, René Girard, que se llama *La violencia y lo sagrado*. El tema de este libro es simplemente el hecho de que cualquier tabú, cualquier prohibición, cualquier norma es violenta o, si no es violenta en ese instante tiene una violencia potencial que puede estallar. Cuando yo le prohíbo a usted: "¡No haga esto!", usted va a desarrollar la sensación de que en el momento en que yo me descuide usted se libera y... Cuando doy una orden, expreso un tabú o doy un mandamiento religioso estoy acumulando una violencia social, que cuando es unánime, cuando la comparte toda la sociedad, es positiva. Imagínense que toda la comunidad de esta ciudad se juramenta para ir a atacar a otra comunidad, ese caso Girard lo llama de la "violencia unánime" que siempre exige un chivo expiatorio, al cual se va a ir a atacar.

Esa violencia unánime es la violencia que Max Scheler, el famoso filósofo, celebrara en la guerra. Decía: "la guerra es una forma en la cual la voluntad comunitaria se galvaniza en torno a un ideal". Escribió un libro que se llamó *El genio de la guerra y la guerra alemana (Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg, 1915)*. Es una cosa impresionante, algo que todos sabemos, "cuando ustedes tienen una comunidad férreamente organizada, basta con que busquen un chivo expiatorio y esa violencia acumulada se hace tremendamente vitalizante". Fíjense que la tasa de enfermedades funcionales desciende en los países en guerra, contra lo que uno podría pensar, por todo el estrés. En Hamburgo (1944) bajaron notablemente las consultas por toda clase de trastornos funcionales que en época de paz son muy frecuentes. En fin, qué es lo que quiero decir con esto, que la "violencia unánime" es una forma que adquieren las comunidades para sobrevivir, pero la violencia disgregadora que se da entre facciones y grupos dentro de una sociedad es destructiva y todos en medio de esa violencia nos quedamos callados. Por eso digo yo y lo llamo miedo, en el sentido de que uno dice: "¿qué pasaría si..?" y hace toda suerte de cábalas y observaciones: "¿qué pasaría si no hubiera delincuentes?, ¿qué pasaría si..?" y de ahí caemos todos en

afirmaciones punitivas, decimos: “la delincuencia la única manera de pararla es mediante el castigo”, todos somos anarquistas de salón, así como era Augusto Pérez en *Niebla*, esa novela de Unamuno.

El orden, justificación de la violencia para los que están en control; la justicia, justificación de la violencia para quienes quieren tomar el control, y el miedo para todos nosotros que dejamos hacer y nos quedamos de alguna manera dándonos la explicación de que las cosas siempre han sido así.

Mi último punto: la violencia como problema de salud.

La Organización Panamericana de la Salud ha establecido desde hace varios años un programa especial destinado a este tema: la violencia como problema de salud. Yo quisiera decirles que la salud pública, para mí, consiste nada más que en abordar los problemas sanitarios desde un ángulo de cohesión social, por lo tanto, uno descansa más en las instituciones que en las personas, descansa más en las medidas societarias que en la intención individual. Eso es la salud pública.

¿Por qué importa que ustedes conciban la violencia no sólo como un problema de los tribunales, ni sólo como un problema de algunos individuos aberrantes o anómalos? Porque la violencia, en realidad, es una especie de mal o forma de organización de comunidades completas, por lo tanto, no hay necesidad, ni tampoco es conveniente de, por así decir, extrapolar lo que ocurre en las personas a lo que ocurre en las comunidades.

Lo que ocurre en las personas, bien lo saben ustedes. Existen personas que son, tienen una especie de, como decían los antiguos, de diálisis, de predisposición a la violencia demostrado porque tienen umbrales, niveles por los cuales reaccionan más intensamente a ciertos estímulos que otros. Y ahí hubo el mito de que las personas con trastornos mentales son más violentas que la población general. Es el estereotipo que uno tiene, pero también es un estereotipo que no tiene demasiada fundamentación. Los enfermos mentales no son más violentos que las personas que están en la calle, o más bien, yo diría que son menos y que bajo cualquier circunstancia de encierro yo retaría a cualquiera de ustedes a que no se pusiera violento, tendría que ser una especie de San Francisco de Asís o algo por el estilo. Por lo tanto, ciertas especies de estereotipos con que nosotros operamos en el plano individual no sirven para explicar la violencia social. La violencia social es siempre una violencia institucionalizada en alguna parte, por alguien y en alguna forma, siempre está justificada por alguno de los principios justificadores aquí aludidos antes.

Existe la violencia del Estado contra los ciudadanos, existe la violencia de los ciudadanos contra otros ciudadanos, y todo, de alguna manera, es parte de una especie de juego social. Pero ¿cuál es el punto de decir: “es un problema de salud”? Significa que todos somos responsables porque la salud no es un asunto de medicina, la salud es un tema en el cual hay personas que están enfermas, personas que se sienten enfermas y personas que creen tener enfermedades, por lo tanto, la salud no es sólo un asunto de médicos ni de enfermeras, ni de personas que están entrenadas para ello. Es un asunto de todas las personas.

Hay un lema famoso que está en la Organización, en las Naciones Unidas en Ginebra o en Nueva York, que ustedes lo pueden haber visitado, que dice: “Como la guerra habita en el corazón de la humanidad, es en el corazón de la humanidad donde debe hacerse la paz”. Las dificultades para la paz son justamente dificultades de las relaciones sociales, no son dificultades de personas más o menos agresivas, porque todas las personas cuando son agresivas y son violentas hay manera de conducir esa agresividad y esa violencia hacia causas socialmente aceptables. El problema de lo disgregador es cuando el cauce o la finalidad no puede hacerse socialmente aceptable y ése es el dilema. El dilema es un problema, como ustedes saben, que genera otros problemas.

Como no tenemos soluciones para estas materias yo quisiera simplemente resumir lo que he dicho.

Primero, he tratado de definir qué es agresividad y qué es violencia. Agresividad, he dicho, es un constructo, es un concepto de la ciencia, que tiene tres componentes de medición objetiva: la vivencia en el lenguaje, la conducta manifiesta y la fisiología, lo que pasa en el cuerpo. Después hemos hablado de que la intención de dañar es lo que cualifica a la agresión manifiesta y la hostilidad y que la violencia, en cambio, es la desmesura, lo inadecuado o lo extemporáneo del uso de la fuerza o del poder y que, por lo tanto, puede ser humana y no humana, y cuando es humana puede ser violencia agresiva o violencia no agresiva y, a su vez, la agresión puede ser violenta o no violenta. Después hemos hablado de las justificaciones de la violencia: el orden, la justicia y el miedo. Dejo a ustedes el reflexionar si encuentran otra justificación porque sin duda hay muchas más que a mí no se me han ocurrido, pero pienso que se podrían subsumir en estas tres. Y finalmente, sólo como lema o como epígrafe, la violencia como problema de salud pública. No es un tema para resolver, es un tema para plantear.